

Y Dios creó a la mujer...

José Sáenz (*)

DUDA METODOLÓGICA

Las mujeres se están ganando –diría una convencida activista del feminismo más radical– la oportunidad de demostrar que un mundo en el que ellas detenten una mayor cuota de poder resultará mejor que el masculino, macho y chauvinista, en el que han sido forzadas a vivir por siglos hasta ahora.

Legiones de jóvenes y productivas féminas –prosigue el argumento– están siendo preparadas para lanzarse a competir, no de igual a igual con el hombre, sino con plena conciencia de una superioridad casi ontológica. La mayor parte de ellas, convencidas de la sensatez y solidez de su tesis basada en un sentido común de relativamente reciente data, alimentado en las últimas décadas por sus predecesoras del movimiento feminista y por ellas mismas.

Suponen ser la encarnación de las virtudes opuestas a las falencias de aquellos hombres que por tanto tiempo llevaron con errático rumbo una carga demasiado pesada para ellos. Han llegado para corregir los errores en que ha incurrido nuestra sociedad patriarcal.

Ellas están por la hermandad y no por la rivalidad. Ellas están por la paz y no por la guerra. Están por el amor y no por el odio. Tantas veces discriminadas: están por la inclusión, no la exclusión. Están por la igualdad, no la diferencia. Están por la sensibilidad, no la frialdad.

Pero, por sobre todas las cosas, ellas están equivocadas.

VA POR ELLOS

En cuanto a los hombres, ¿qué tanto se les puede culpar? ¿No es tiempo para aquéllas de reivindicar en algo los sacrificios y renunciaciones de sus defenestrados rivales, tanto como se esforzaron por escamotearles sus victorias y logros?

Aparecer como los protagonistas en los libros de Historia de la Humanidad ha hecho que los defectos del hombre en general se particularicen sobre cada uno de los hombres. Que fueran ellos quienes tuvieran que morir en las guerras permitió a las mujeres – dolientes sobrevivientes– tomar distancia de las mismas y condenar sus atrocidades en solitario.

Los caballeros renunciaban a una parte de sí mismos que con suerte encontrarían, junto a su esposa y sus hijos, al regresar a casa de trabajar. Mientras tanto, las responsabilidades que cargaban sobre sus hombros los obligaban a pensar cuidadosamente antes de tomar unas decisiones que resultarían ser más conservadoras de lo que en sus sueños de juventud revolucionaria hubieran admitido.

Se cuentan muchos más hombres que mujeres entre los autores de poesía y novelas. Fueron sus fantasmas interiores contra los que se luchó, sus odiseas las que se nos contó y sus viajes interiores los que uno conoció –más que los de ellas. Sus debilidades las más expuestas, su vulnerabilidad más al alcance de la mano de cualquiera para aprovecharse de ellas.

El alma femenina no es tal libro abierto para poder despotricar.

CON UN POCO MÁS DE PIES EN LA TIERRA

Para descubrir cuál será el verdadero papel que las jóvenes de hoy tendrán en la construcción de la gran incógnita que es el Perú donde tendremos que vivir en el futuro, hará falta deshacerse de los mitos que enfrentan y sumergirse en la vida real para hurgar sobre cuestiones como qué significan ellas en el Perú de hoy; cómo se desenvuelven en él y lidian con el; y qué ideal de país desean tener.

Estas cuestiones, vistas desde la perspectiva de un cambio, que todos o la gran mayoría coinciden en que es necesario, se transforman en:

- **¿Cuánto significa la mujer peruana joven un cambio para el país?**
- **¿En qué medida se dirigen las acciones de éstas hacia el cambio?**

- **¿Hasta qué punto quieren ellas el cambio realmente?**

Preguntas que sería imposible responder aquí, pero a las que sí se puede tener algún acercamiento.

El solo hecho de formularlas reviste ya alguna suspicacia y escepticismo. Ha sido evidente desde el principio de este artículo mi intento de relativizar el excesivo optimismo con que se toma el progresista argumento que pretende establecer que todo aumento en la presencia femenina dentro de los ámbitos de los cuales antes fueron relegadas es ya de por sí una mejoría. No digo que no lo sea, en alguna medida –más allá de los obvios progresos estéticos, que se agradecen– sino que no necesariamente lo es en todos los casos.

MUJERES PARA TODOS LOS GUSTOS Y DISGUSTOS

Ya se ha dicho algo de las mujeres que abogan por la paz. De ellas conocemos nosotros bastante, con numerosos ejemplos de aquéllas que lucharon contra la violencia terrorista. No obstante, frente a ellas, las más despiadadas miembros del otro bando resultaban ser de su mismo género.

Puede decirse que al fuego tuvo que combatírsele con fuego de igual calibre. Así, las más fanáticas partidarias de la dictadura -que por algún mérito hay que reconocerle que redujo en gran medida al terrorismo– son mujeres. Ante ellas se pusieron de pie las demócratas, menos dispuestas que ninguno a hacer concesiones.

El mito de la incorruptibilidad de las mujeres policía se va desmoronando, aunque conserven todavía mucho de ese aura. Cierto es que nadie se atreve todavía a decir que reciban coimas, pero sí se oye, en cambio, que hay las que se darían por muy bien pagadas si los ocasionales infractores (casualidad del destino: hombres con automóvil en su mayoría), en gratitud por su benevolencia, mostraran la buena disposición necesaria para invitarlas a salir a alguna parte una vez terminado su turno, *a las ocho, chausito, nos vemos*.

Una congresista de la República jura por su adorado presidente mientras a no pocas racistas ciudadanas de a pie les daría lo mismo, en estos momentos, por presidente, no tener ninguno. Por otro lado, contamos ya con nuestra primera congresista altioplánica

y una Primera Dama dispuesta a dar el ejemplo –¿Bueno o malo?: ya veremos.

- La otra vez en la peluquería –cuenta Marita en una reunión familiar– entró una chica medio acholadita, la pobre, pero bien vestida, con una señora que debía ser su mamá... La señora, fácil que si le ponías unas polleras y le hacías unas trenzas era una cholita recién bajada. Seguramente es de esas personas de la sierra que vinieron a Lima y consiguieron darle a sus hijos una educación (hasta en la de Lima me parece que he visto a la chica antes, claro que nunca le dirigí la palabra), para que mejoren respecto a lo que ellos fueron. Y ahora que su hija gana plata y compra su ropa en Ripley, lleva a su mamá para vestirla distinto y que la arreglen en la peluquería. ¡Eso me parece que es progreso!

De adolescentes declaraban a los cuatro vientos que nunca cocinarían para sus maridos. Llegadas al final de sus veintitantos, en edad que sus abuelas llamarían casadera, engríen felices al enamorado, aunque aprovechen toda oportunidad para echarles en cara lo que por ellos están haciendo. Preguntadas al respecto, la respuesta es de un pragmatismo que resulta insuficiente: *Es que no queda otra. Si una no lo hace, ellos tampoco van a hacer nada o ponerse a cocinar, porque sus mami así los han acostumbrado...* Y, tan contentas, ellas serán iguales con sus hijos.

Presionadas por la inclemencia de su reloj biológico habrá quienes renuncien, de manera perfectamente legítima, a carreras prometedoras. Otras llegarán a solteronas, pero felices, presidentas de la República, habiendo visto desistir a más de un pretendiente ante el temor de verse eclipsado por su emprendedora pareja. No faltarán quienes consigan balancear sus prioridades y alcanzar sus metas en ambos campos, laboral y personal.

DE VUELTA A LAS TRES PREGUNTAS

- **¿Cuánto significan un cambio estas mujeres?**
- **¿En qué medida se dirigen sus acciones hacia el cambio?**

- **¿Hasta qué punto quieren ellas el cambio realmente?**

Tanto como cualquier otro, se diría.

Las respuestas a cada una de las preguntas están relacionadas y se redefinen unas a otras constantemente. Las variables a identificar, para ir en busca de ellas, son muchas, los casos particulares infinitos y sujetos a los vaivenes que sobre ellos provocan el tiempo y la experiencia.

La respuesta para el país, si alguien la quisiera, sólo podría ser el resultado de un promedio sacado de cálculos estadísticos hechos sobre toda la población, cada una de cuyos miembros le encuentra una solución distinta cada vez que se enfrenta con dilemas que ponen en conflicto lo que realmente importa en sus vidas.

No sólo están obteniendo ahora las mujeres su oportunidad de hacer las cosas mejor de lo que sus masculinos compañeros de viaje hayan hecho, sino también la de cometer errores, quién sabe si peores –toquemos madera–, y, ojalá, aprender de ellos. Es posible que una vez que estén satisfechas con la talla de la huella que hayan dejado (***a woman was here*** - *una mujer estuvo aquí*), observarán su obra y verán que es buena. Y uno de nosotros podrá decir a partir de ella que entiende a las mujeres, como, con tanta condescendencia, ellas ahora nos entienden a nosotros.

(*) Alumno de la Facultad de Ciencias y Arte de la Comunicación de la PUCP.